

NUESTROS TERCIOS EN AFRICAS

I

Hasta el día 28 de Febrero de 1860 no llegaron los tercios bascongados al campamento situado en Tetuán.

Vamos ahora á ocuparnos brevemente de su organización.

Al declararse la guerra de Africa, entusiasmado el país, todas las provincias de España se ofrecieron al gobierno en alas del patriotismo, y las tres provincias bascongadas que, según los fueros, debían ayudar á su señor en caso de guerra, participando de este entusiasmo, ofrecieron cuatro millones de reales y la formación de cuatro tercios de 700 hombres cada uno, equipados, armados y mantenidos por ellas.

Este acuerdo fué tomado por las Juntas forales de dichas provincias, pretendiendo algunos que según fuero debían haberse reunido los cabezas de familia so el árbol de Guernica, y hasta se supone que esto llegó á entorpecer el alistamiento.

A pesar de todo, ya el digno general Latorre, que fué encargado de su organización y mando, había alcanzado que el general Marchessi, que lo era en jefe del quinto ejército, revistase el día 20 de Enero al segundo tercio guipuzcoano, y el día 25 al tercero, bizcaíno, habiéndolos encontrado en un estado de organización perfecta y disciplinados como veteranos, como lo expresó en sus alocuciones.

El tercio guipuzcoano llegó á Santander el día 28, y el primero,

alabés, y el tercero y el cuarto, bizcaino y guipuzcoano, que salieron el 17 de Bilbao, se embarcaron en San Sebastián, donde estuvieron dos semanas esperando los vapores que debían conducirlos, y detenidos además por los horrorosos temporales que llenaron de desolación la costa de Cantabria.

Cuando se creyó que aquellos iban á ceder, y á pesar de que los prácticos se negaban á darse á la mar, salieron de Pasajaes.

Los buques eran de poco porte y llevaban por una equivocación deplorable un cargamento que debieron haber descargado en Ceuta antes de ir á buscar los tercios.

Apenas pasaron de la boca del puerto, se desencadenó con más fuerza el vendaval, acompañado de grandes aguaceros y de furioso oleaje.

Fueron empujados así hasta la barra de Bayona, que tan triste celebridad tiene entre la gente de mar.

Entonces, por uno de esos impulsos de los que se ven en trance tan apurado, se dió la omnimoda dirección al práctico de Pasajes.

Esta fué la gran fortuna de la expedición

Entre tanto, los 1.800 voluntarios que iban sobre cubierta, sufrían tan duro aprendizaje, no con resignación, sino con alegría.

El dignísimo general Latorre prorrumpió en lágrimas de admiración y de piedad al contemplar aquel heroico sufrimiento, próximos á un fin funesto.

Pero al fin, después de tantos padecimientos y peligros, lograron desembarcar en Cádiz, desde donde pasaron á la isla de San Fernando para completar su instrucción.

II

En uno de aquellos días, el 14 de Febrero, fueron á la isla con objeto de saludar á los tercios, una porción de bascongados notables, entre ellos el diputado Sr. Uhagón, el coronel de artillería Sr. Murieta, Don José Maria de Ibarra, D. Julián de Alaba, Basagoiti, Guerrico, Marron, Fernández Aldecoa y otros.

Los tres tercios que allí estaban, formaron por disposición de su digno general, quedando aquellos señores sorprendidos al ver el aire militar,

desenvoltura y manejo del fusil en unos hombres que no llevaban más que dos días de haberlos recibido.

El Sr. Ibarra dijo al general Latorre:

—«Si la suerte quiere que tengan ustedes la gloria de combatir en Africa, yo ofrezco para todos los que sufran la desgracia del fuego ó acero enemigo, un hospital en Sevilla, donde sean asistidos á mi costa y con tanto esmero y caridad que no sientan la ausencia de su patria: yo procuraré todo el alivio posible á sus penalidades.»

Tan patriótica oferta fué aceptada por el general á nombre de las Diputaciones bascongadas, y en la orden general del día 20 á los tercios, se insertaba una carta de dicho Sr. Ibarra, en que hacía su oferta por escrito.

Hé aquí dicha carta:

«Mi antiguo amigo y apreciable general:

Ayer, al presentarnos usted en línea de batalla los tercios bascongados de su dignísimo mando á los varios paisanos que fuimos á felicitarle, admirados de la disciplina con que en tan corto tiempo ha sabido usted organizarlos, no menos que de su aspecto marcial y entusiasmo que todos manifestaban, mi corazón se enardeció con uno de esos sentimientos que no se explican mas que con hechos, y con todo el lleno de mi placer, ofrecí á usted un hospital en Sevilla, donde serían asistidos á mi costa y con todo esmero, todos los oficiales y soldados de tan distinguido cuerpo, que teniendo la gloria de combatir en Africa, experimentasen á la vez la desgracia de ser heridos.

Hoy, al despedirme de usted y demás amigos, tengo el gusto de repetirle lo mismo, rogándole encarecidamente dirija á aquella ciudad todos los que se hallen en semejante estado, haciéndoles saber que, aunque lejanos de su patria, no ha de faltarles aquí quien con solícito afán y ardiente caridad les atienda en su mayor angustia á fin de que nada echen de menos para el alivio de sus penalidades.

Reitero á usted mi más sincera felicitación con toda la consideración y afecto de su antiguo amigo y seguro servidor q. b. s. ni.

José María de Ibarra.»

Además, el Sr. Ibarra mereció por su rasgo de patriotismo que el diputado general de Guipúzcoa publicase la siguiente circular:

«El impreso que tengo la satisfacción de remitir á usted adjunto, le enterará de la orden general comunicada con fecha 20 del actual á la división bascongada del ejército de Africa por su digno jefe el Excelentísimo Sr. D. Carlos María de Latorre, dándole á conocer la admirable resolución adoptada por el distinguido bascongado D. José María de Ibarra avecindado en Sevilla, de crear en aquella capital un hospital donde seían asistidos á expensas del mismo señor y con todo esmero, todos los oficiales y soldados de la anunciada división que, teniendo la gloria de combatir en Africa, experimenten á la vez la desgracia de ser heridos.

Este rasgo sublime de ardiente caridad y verdadero patriotismo, debe ser conocido por todos los guipuzcoanos para que admiren y bendigan al hombre benéfico, cuya generosa mano prepara tan tierna, tan santa acogida, y los hijos del suelo basco que derramen su sangre peleando en los campos de batalla por el honor y la gloria de la madre patria.

Y para que alcance la publicidad que merece, conviene que se sirva usted ponerlo en conocimiento de ése vecindario por todos los medios posibles, suplicando en mi nombre al señor cura párroco tenga á bien leer en la misa conventual á sus feligreses, así esta circular, como la orden general que acompaña.

Dios guarde á usted muchos años.

De mi diputación general en la M. N. y L. villa de Tolosa á 29 de Febrero de 1860.

El diputado general, Marqués de Roca - Verde.»

En su consecuencia, el Sr. Ibarra montó en breves días un verdadero y completo hospital, que constaba de cinco salas con 200 camas para la clase de tropa ó voluntarios bascos; otra sala con proporcionado número de camas para oficiales, y los cuartos y dependencias para las Hermanas de la Caridad y demás asistencias.

III

Desde Cádiz pasó al campamento el general Latorre, jefe de los tercios bascongados, para recibir órdenes del duque de Tetuán.

Le acompañaban 50 granaderos, y después de haber desembarcado, aquel marchaba á trote sobre su caballo, seguido al mismo paso por los ágiles granaderos.

Al verlos atravesar por el campamento los soldados del ejército, desde luego llamaron su atención el general y su escolta, y como esta hablara en bascuence, no supieron en los primeros instantes darse cuenta de donde procedían.

Un oficial del ejército que los oyó, y que debía ser bascongado, descubrió el origen.

En el acto los soldados empezaron á victorearles, y entre las aclamaciones de multitud de voces, llegaron á la estancia del general.

Concluída la misión del general Latorre, montó á caballo, tomó el trote, siguieron al mismo agitado paso los bascongados hasta el punto donde debían embarcarse, y volvieron los soldados del ejército á vitorrear á los hijos de las montañas bascas que debían compartir con ellos dentro de breves días sus glorias y penalidades.

Determinada la traslación de los tercios á Tetuán, se embarcaron en San Fernando á bordo de los vapores Torino, Cavour, Duero, Provence y Wifredo y como hemos dicho, desembarcaron el 28 en la Aduana de Tetuán, donde acamparon, quedando á su cargo las comunicaciones del mar con la plaza, y pasando á reforzar el campamento la división de reserva mandada por el general Mackenna, que era la que ocupaba aquel punto.

El general García presenció la llegada de uno de los tercios, y su música, al hacer los honores al jefe de Estado Mayor, tocó su favorito mutila.

El mismo día, y á la hora anunciada, se verificó la revista que el general en jefe debía pasar á los tercios bascongados,

Media hora antes se hizo en debida forma el relevo de las divisiones.

La de reserva formó por batallones en masa con la espalda á la Aduana, y á su frente, en igual disposición, se colocaron los cuatro tercios.

El cuerpo del general Makenna desfiló en columna por todo el frente de los bascongados, batiendo marcha sus respectivas bandas:

El general Latorre se colocó con su Estado Mayor en el intervalo del tercer y cuarto tercio durante el relevo y el desfile.

El aspecto que presentaban aquellas cuatro masas de hombres, en

general de elevada estatura, con boina encarnada y su traje nuevo, producía muy buen efecto.

De lejos parecía un vasto cuadrilongo de amapolas.

Los tercios tenían, excepto uno, su charanga.

El primero llevaba banderines azules, el segundo y tercero blanca, todos con las armas de su provincia y el número del tercio, y el cuarto tenía los suyos mitad encarnados y la otra mitad blancos.

Apenas había transcurrido un cuarto de hora, se oyó que la división Mackenna hacía los honores al general en jefe, á quien encontraría en el camino.

Al poco rato el duque de Tetuán llegó á la altura del primer tercio donde fué recibido por el general Latorre, y acto continuo, al toque de la marcha real, revistó á los cuatro tercios, dando la vuelta alrededor de cada uno de ellos y mirando detenidamente las compañías desde uno de sus flancos.

Concluída la revista, los bascongados desfilaron á cuatro de fondo por delante del general en jefe, quien dijo al general Latorre que sus soldados se fogueasen en seguida y tirasen al blanco.

IV

El día 7 de Marzo del mismo año se celebró en el campamento el acto solemne de la bendición y entrega de las banderas á los tercios bascongados.

A las doce en punto de la mañana los tercios, formados á cuatro de fondo, se dirigieron á la llanura que se extiende enfrente de Tetuán donde, en el centro de una tienda de campaña, se alzaba un pequeño altar destinado al objeto.

Las tropas, ocupando el frente en columna cerrada, se hallaban distribuidas del modo siguiente:

A la derecha del altar, los cuatro abanderados descansando sobre sus banderas que tenían cubiertas, y á sus espaldas una fuerza de granaderos en ala.

A la izquierda otros tantos hombres, y delante el general y demás jefes y oficiales francos de servicio.

Al frente otra fuerza igual de granaderos cerrando el cuadro, á los cuales seguía toda la fuerza en el orden indicado.

Después se descubrieron las banderas y acto continuo se procedió á su bendición, y concluida la ceremonia que duró breves minutos, las banderas volvieron á las manos de sus poseedores, y entonces el capellán del segundo tercio les dirigió una sentida alocución.

Finalizada la mica, una mitad de cada tercio, con la música á la cabeza, pasó á recoger la bandera, hasta dejarla entre las filas en su lugar correspondiente.

Una vez en sus puestos todos, cada tercio emprendió su marcha en columna cerrada al sitio que se había destinado para hacerse las descargas de ordenanzas.

Puestos en orden de batalla y con el frente á la extensa planicie que se extiende hasta la cordillera de Sierra Bullones, se hicieron las salvas con bastante precisión y orden, pasándose en el acto á la jura de las respectivas banderas.

Al frente cada abanderado de su tercio, los segundos comandantes, alzando la voz, les dirigieron estas palabras:

«¿Jurais á Dios y prometéis á la reina seguir constantemente sus banderas hasta derramar la última gota de vuestra sangre y no abandonar al que os esté mandando en acción de guerra ó disposición para ella?

A lo cual contestaron:

«Sí, juramos.»

Añadiendo los capellanes estas otras:

«En cumplimiento de mi ministerio, ruego á Dios que si así lo hicierais, os lo premie, y si no, os lo demande.»

Con lo cual se dió por terminada la ceremonia, dirigiéndose la fuerza al campamento.

El mismo día, el general D. Carlos María de Latorre, comandante general de dichos tercios, dirigió á los voluntarios la siguiente alocución:

«Bascongados: Sobre el campo de batalla, en que el día 4 de Febrero el ejército nuestro hermano sostuvo heroicamente el pabellón español, y escudándonos desde el cielo los que entonces sucumbieron para vivir siempre en la memoria de la patria, habeis jurado vuestras banderas.

A su sombra están vuestra honra y el renombre de las provincias que os han enviado aquí á representarlas, y á que compartais vuestras fatigas y gloria con los que, más dichosos que nosotros, inauguraron la campaña.

Esta sola idea, y recomendaros la disciplina y unión en el combate, y que todos procuremos secundar y cumplir exactamente las órdenes de nuestro digno general en jefe, son los deberes que hoy os recuerda vuestro comandante general,

Carlos María de Latorre.»

